

AL OTRO LADO

Soy fiel creyente de que todos tenemos una meta en la vida, como si fuera lo único que está escrito para nosotros. Da igual el tiempo, los recursos o incluso las ganas que tengamos, porque creo que, cuando llegue el momento de dejarlo todo atrás, sabremos si la hemos cumplido. Hay personas que encuentran la suya enseguida. Otras necesitan perderse varias veces para hacerlo. Y luego estamos quienes, por circunstancias que no hemos elegido, empezamos a cumplirla desde el principio.

Creo que la mía siempre fue observar.

Me llamo Lea, tengo dieciocho años y he pasado toda mi vida metida en una habitación. Una habitación perfectamente ordenada: los libros bien colocados, la ropa ordenada por colores y la cama siempre hecha, hasta en los días que no pensaba salir de ella. Mi madre decía que una habitación ordenada ayudaba a tener una vida ordenada; sin embargo, en más de una ocasión he sentido que me ahogaba dentro de esas cuatro paredes.

Por otro lado, la ventana siempre ha sido mi refugio; el aire fresco y la vista al exterior me han ofrecido tranquilidad y relajación. Sin embargo, ha permanecido cerrada casi todo el tiempo, ya que mi madre temía que me enfriara. Mi enfermedad me ha obligado a tomar precauciones que para otros siempre han sido insignificantes.

Desde pequeña me han dicho que el mundo es un lugar malo, que solo hay guerras, enfermedades, gente mala... Y yo, al ser solo una niña y al no saber cómo era el mundo, les creía. Durante mucho tiempo pensé que mis padres tenían razón. Quizá el mundo sí era peligroso, quizá era mejor quedarse dentro, quizá mi vida estaba destinada a ser así.

Hasta que entendí que ellos nunca habían querido que yo odiara el mundo; querían que no me odiara a mí misma por vivir con mi condición. Me habían contado que fuera todo era malo porque era más fácil decirme eso que explicarme que había cosas que yo no podía hacer.

Hasta que descubrí que podía conocerlo sin salir.

Tenía seis o siete años la primera vez que esperé a que mi madre bajara las escaleras para arrastrar una silla hasta la ventana. Me subí con cuidado, apoyé las manos en el cristal y miré.

Lo primero que vi fue una carretera. No pasaban demasiados coches. Después estaba la acera y, al fondo, un pequeño parque. Había niños jugando con una pelota, una pareja haciendo un picnic y una señora paseando a un perro enorme. Lo que para otra persona no hubiese parecido gran cosa, para mí lo pareció todo.

A partir de entonces esperaba con ansias que mi madre se marchara para poder asomarme un ratín a la ventana.

Y, sin darme cuenta, empecé a conocer aquella calle.

Sabía que, alrededor del mediodía, aparecía la señora del perro. Solía quedarse mucho rato en el parque porque su mascota parecía no cansarse nunca. Lo veía correr en círculos, saltar y jugar con otros perros mientras ella hablaba con sus dueños.

Luego el perro murió. La señora desapareció durante unos días y, cuando volvió, llevaba uno mucho más pequeño. Ya no corría detrás de él ni hablaba tanto con los demás. Y empecé a darme cuenta de que echaba de menos a un perro que ni siquiera había tocado.

Quizá fue la primera vez que entendí que las cosas podían cambiar aunque uno siguiera mirándolas desde el mismo sitio.

Los años fueron pasando y yo seguía en aquella habitación.

Pero, por lo menos, mi padre hizo que aquel pequeño rincón se volviera un poco más soportable. A los doce años me regaló unos prismáticos para que pudiera mirar más lejos. Con ellos descubrí cosas que antes no veía. Una mañana observé cómo a un chico, mientras corría, se le caía la cartera y cómo una mujer que caminaba la recogía y se la devolvía. Después de aquel bonito gesto, hablaron un poco, pero no tardaron mucho en seguir su camino.

Puede parecer una tontería, pero me quedé pensando en ellos durante todo el día. Dos desconocidos habían tenido una conversación porque una cartera había caído al suelo.

Yo llevaba años esperando poder hacer cosas así. No grandes cosas, solo cosas, cosas que no estuvieran relacionadas con estas cuatro paredes.

Cuando llegué a la adolescencia, apareció una nueva obsesión: quería un móvil.

No era extraño. A mi edad, casi todo el mundo tenía uno. Mi madre seguía diciendo que no, que tener un móvil significaba abrirle las puertas al peligro. A veces odiaba que mi madre fuera tan protectora. Pensaba que estaba intentando protegerme tanto que había terminado protegiéndome también de las cosas buenas.

Pero entonces empecé a mirar los móviles de los demás.

Quizá fue porque llevaba tantos años observando que me fijaba en detalles que otros no veían.

Un día vi a tres amigos sentados en un banco. Estaban juntos, pero ninguno hablaba. Otro día, una pareja hacía un picnic y los dos miraban sus pantallas. También estaba la mujer que leía en el parque. Durante años había ido con un libro. Cuando empezaba uno nuevo, acercaba las páginas a la cara y las olía. Yo esperaba aquel gesto desde mi ventana porque me parecía una de esas pequeñas cosas que me hacían sonreír. Hasta que un día apareció con un Kindle. Seguía leyendo, claro. Pero

ya no podía pasar las páginas de la misma manera ni acercarse el libro a la cara. La historia seguía siendo la misma. Ella también. Y, aun así, algo había cambiado.

Sara fue otra de las personas que me hizo pensar en aquello. La había visto crecer desde mi ventana. De pequeña bajaba al bar con su madre. Se sentaban juntas y hablaban durante horas. A veces se reían tanto que yo terminaba sonriendo sin saber de qué.

Con los años, Sara empezó a trabajar y raramente bajaba, y cuando lo hacía no se despegaba de su móvil.

Cada día me sorprendía más la velocidad con la que todo cambiaba a mi alrededor, sobre todo al darme cuenta de que mi habitación y yo seguíamos igual. Y fue ahí cuando empecé a preguntarme en qué momento empezó la gente a tener tanta prisa.

Aquella reflexión abrió algo en mí. Porque yo llevaba dieciocho años esperando vivir. Y había personas que podían hacerlo y parecían estar intentando llegar cuanto antes a cualquier otro sitio.

Por fin llegó el día. Había imaginado aquel momento cientos de veces.

Pensaba que lloraría y que tendría miedo, incluso que vería el mundo diferente.

Pero cuando salí, simplemente hacía frío. La carretera seguía en el mismo sitio. El parque también. Reconocí el banco de la mujer de los libros, la esquina donde había visto caer aquella cartera y el lugar donde la señora paseaba a su perro.

Todo estaba exactamente como lo había imaginado. Y, al mismo tiempo, nada lo estaba. Porque ahora podía verlo de cerca. Una pareja caminaba junta mientras los dos miraban sus teléfonos. Dos amigas estaban sentadas en un banco, cada una miraba su propia pantalla. Un hombre empujaba un carrito mientras hablaba por teléfono. Un niño corría detrás de una pelota mientras su madre lo grababa.

Me quedé quieta.

Durante dieciocho años había deseado entrar en aquel mundo. Había querido conocer personas, hablar con desconocidos, enamorarme, abrazar, equivocarme, descubrir historias... Durante dieciocho años había deseado hacer aquello que no podía: vivir.

Y entonces entendí algo que desde mi ventana nunca había podido ver. El mundo nunca había estado completamente cerrado. Yo había estado encerrada. Porque ellos podían salir. Podían mirar, podían hablar, podían tocarse, podían hacer exactamente aquello que yo llevaba media vida soñando. Y, aun así, muchos habían empezado a mirar hacia otro lado.

Metí las manos en los bolsillos. No tenía el móvil y, por primera vez, no me importó.

En aquel instante, una niña pasó corriendo junto a mí detrás de una pelota. La pelota rodó hasta mis pies. La recogí y se la devolví. Ella me lo agradeció y me devolvió la sonrisa.

Y yo seguí caminando. No sabía adónde iba. Por primera vez, tampoco necesitaba saberlo.

Había pasado dieciocho años mirando el mundo desde una ventana.

Ahora el mundo estaba delante de mí y no pensaba volver a mirarlo desde detrás de un cristal.

Ni desde una pantalla.